

Es posible, por otra parte, que el sentimiento filial esté más desarrollado en mí que en otros hombres. Todos los caracteres que observamos en un hombre actual son resultado de una adquisición gradual que se ha hecho, más ó menos antiguamente, durante el curso de las generaciones pasadas; ésta es una verdad evidente para un transformista. Debemos razonar del mismo modo sobre todos estos caracteres, cualesquiera que sean. Ahora bien, á consecuencia de la reproducción sexual, la distribución cuantitativa de los caracteres humanos se hace de una manera completamente fortuita. En efecto, salvo los verdaderos gemelos, no conocemos dos hombres que se parezcan totalmente. No nos extraña ver que uno de nuestros congéneres tenga la nariz más larga, el ojo más rasgado ó la oreja más plana que su vecino; debemos pensar que los caracteres íntimos tienen también diferencias cuantitativas individuales. Pero cuando se trata de estos caracteres íntimos sólo podemos conocer con certidumbre los nuestros propios; por lo tanto, sólo por analogía con los caracteres objetivos podemos admitir una distribución heterogénea de los caracteres subjetivos en los diferentes individuos de nuestra especie. Observo en mí un desarrollo considerable del

sentimiento filial; no puedo compararle con relación al sentimiento filial de mis amigos, pues no hay medida para las cosas subjetivas; pero lo que la Biología me ha enseñado respecto de la especie me obliga á creer en la existencia del mismo sentimiento, más ó menos desarrollado, en todos mis congéneres. Estoy convencido, en efecto, de que entre los individuos de una misma especie sólo hay diferencias cuantitativas: un carácter que existe en mí existe más ó menos en todos los hombres; me equivocaría si se lo atribuyera gratuitamente tan desarrollado como el mío, pero estoy seguro de no equivocarme al afirmar que, puesto que este carácter existe en mí, los otros hombres no están totalmente desprovistos de él.

#### 12.—PRIMERA NOCIÓN DEL DERECHO Y DEL DEBER.

La costumbre, para el padre, de considerarse como jefe, y para el hijo, de aceptar la autoridad del padre, se ha fijado por herencia ó por tradición en las estructuras individuales, y los hombres no han tardado en ver en ella una de esas leyes misteriosas, contra las cuales se rebela uno con tanta mayor di-



ficultad cuanto que se ignora completamente su origen.

En el lenguaje humano se ha dado á estas costumbres fijadas el nombre de derecho y de deber. El derecho de los padres sobre los hijos se ha fijado de tal modo en nuestra estructura actual, que el padre le considera como absolutamente legítimo, aun cuando en circunstancias nuevas se vea obligado, por su razón, á no ejercerlo. El deber de los hijos para los padres está tan profundamente grabado en aquéllos, que no pueden menos de hallarle legítimo aun cuando, impulsados por pasiones violentas ú otras necesidades de la vida individual, se rebelen contra este deber y se pongan en contradicción con él.

Poco á poco, á causa de las condiciones nuevas de la vida social, se ha llegado á considerar, cada vez más, que el derecho de los padres sobre los hijos y el deber de éstos para con sus padres deben limitarse al período de la juventud, durante la cual estas nociones tienen razón de ser á causa de la necesidad de protección en que se hallan los individuos no adultos. También se ha despojado de su autoridad sobre los hijos á padres indignos que se juzgaban capaces de abusar de su autoridad de una manera insoportable; eso se debe á que caracteres adquiridos en

ciertas condiciones pueden ser perjudiciales cuando se conservan en condiciones diferentes. Pero creo profundamente que estas nociones familiares están tan profundamente grabadas en nuestras mentalidades, que el padre privado por la ley de sus derechos paternales y el hijo libertado de sus deberes filiales se dicen uno y otro que la ley no puede cambiar el orden natural de las cosas. El padre se considera lesionado en sus derechos sagrados, y el hijo como autorizado á no cumplir un deber sagrado, que es criminal no cumplir. Si el padre es inteligente, observa que el ejercicio de la autoridad paternal respecto de un hijo de treinta y cinco años es un absurdo; pero si tiene desarrollado el sentimiento de sus derechos de padre, no puede menos de ver que al abdicar ha hecho una concesión meritoria. Si el hijo es inteligente, resiste al despotismo paternal cuando éste le ordena actos inaceptables; pero si está fuertemente impregnado de sus deberes de hijo, se reprocha á sí mismo de haber dejado á la razón sobreponerse al sentimiento.

El hecho de que la ley haya debido intervenir para atenuar los efectos, á menudo desastrosos, de un derecho y un deber considerados desde hace tanto tiempo como sagra-



dos es, según mi opinión, un suceso social de la mayor importancia. Esto demuestra que los legisladores han comprendido el peligro de estas nociones metafísicas que tienen un carácter absoluto, aunque las consideraciones precedentes nos hayan enseñado su origen evolutivo. Hallaremos más tarde otras nociones que tienen el mismo carácter despótico y el mismo origen evolutivo, y que los legisladores no se han atrevido todavía á atacar porque hubieran tenido, sin duda, todo el mundo contra ellos. Acaso no suceda así el día en que se admita que todas estas nociones provienen simplemente de la fijación, por la tradición ó la herencia, de costumbres prolongadas durante un tiempo suficiente.

Amamos, naturalmente, las costumbres, porque, por definición, una costumbre representa para nosotros el *mínimum* de esfuerzo. Cuando un individuo ejecuta por la primera vez un acto nuevo, por una parte lo ejecuta mal y por la otra gasta para ejecutarlo más energía de la necesaria; si se repite á menudo este acto, la asimilación funcional transforma su organismo y le adapta, le acostumbra á este funcionamiento particular; al cabo de algún tiempo, este funcionamiento se ejecuta con el *mínimum* de gasto energético y da al mismo tiempo al ser que lo ejecuta la

sensación de un esfuerzo muy atenuado y á veces nulo. Por eso amamos nuestras costumbres y se ha podido decir, con razón, que forman parte de nosotros mismos.

Si el funcionamiento que ha creado la costumbre era útil en las condiciones en que se produjo, seguirá siéndolo con tal que éstas no varíen; entonces se dice que el organismo ha adquirido una buena costumbre; pero este funcionamiento puede resultar inútil ó perjudicial cuando las circunstancias ambientes se modifican; entonces se dice que el organismo tiene una mala costumbre. En realidad, no hay que atribuir aquí á la palabra malo y bueno un valor definitivo; no hay, de una manera absoluta, buenas ni malas costumbres: lo que hay son costumbres buenas, en ciertas circunstancias, y malas, en ciertas otras. Esto es evidente é indiscutible. Así, pues, si queda establecido que las nociones de derecho y de deber familiar sólo son costumbres fijadas en nuestra herencia ó en nuestra tradición, debemos pensar que estas nociones pueden ser buenas ó malas, según las circunstancias, y tendremos que discutir su aplicación en cada caso. Eso sería exacto, por lo menos, si tuviéramos que discutir cierto acto de un hombre distinto de nosotros mismos, pues no dudaríamos en dar el conse-



jo que nos sugiriese nuestra razón. Pero no sucede lo mismo cuando debemos obrar personalmente; la noción del derecho y del deber se presenta, en nuestra subjetividad, con un carácter de despotismo y de autoridad al que concedemos con gusto un valor absoluto. Sería difícil decirme que es una mala costumbre amar á su padre; y me sería difícil obrar contra mi deber filial, aun cuando mi razón me demuestre que ese deber filial me da órdenes inaceptables y acaso nefastas. Un hijo sumiso y tierno no tendrá siempre el valor de obedecer á su razón y ejecutar un acto necesario que ha de hacer sufrir á sus padres; he conocido uno que, en circunstancias semejantes, se ha suicidado, resolución absurda, que no ha arreglado nada, pero que, por lo menos, le ha puesto fuera de causa. ¿Hubiera obrado del mismo modo si hubiera sabido que su noción de deber filial no era, en el caso considerado, sino una mala costumbre? Seguramente que sí, porque nuestros sentimientos son autoritarios y no se dejan influir por los razonamientos; y esta sencilla observación demuestra lo difícil que es para un legislador reglamentar las relaciones familiares. Sabiendo que la autoridad paternal sólo es una costumbre, el legislador no le concederá un valor absoluto en la ley que

debe regir las relaciones de familia, pero deberá tener en cuenta que esta costumbre existe en todas las mentalidades humanas, que el padre se atribuye en su conciencia íntima, é independientemente de todos los razonamientos, una autoridad absoluta sobre los hijos, y que el mismo hijo, que sufre y padece con esta autoridad paterna, se la reconoce á su padre, en el fondo de su alma, aun cuando se subleve contra su despotismo insoportable.

Lo que hemos dicho aquí respecto de las nociones que provienen de las costumbres de familia, nos veremos obligados á repetirlo para las demás nociones metafísicas resultantes de las costumbres sociales prolongadas. Estas rápidas consideraciones sobre la vida familiar son como un extracto de toda la historia de la vida en sociedad.

### 13. — RELACIONES ENTRE FAMILIAS VECINAS.

Volvamos á los estudios objetivos. Las necesidades de la reproducción sexual han conducido á agrupaciones, más ó menos duraderas, de individuos en *familias*. Estas agrupaciones presentan un interés evidente, en el caso de lucha contra un enemigo común;



cuando una familia es poderosa por el número y el vigor de sus individuos, éstos gozan de una seguridad relativa respecto de los enemigos exteriores menos poderosos; inspiran un terror saludable y pueden dedicarse más libremente á la caza, la pesca y á todos los trabajos que procuran el alimento. La consecuencia de esta mayor libertad es una producción alimenticia más abundante, de la cual se benefician todos los asociados.

Pero no por ser asociados los miembros de una familia dejan de ser individuos distintos, por lo tanto, rivales, antagónicos y enemigos; en el momento de la partición del botín es de suponer que los hermanos de las familias primitivas se batirían entre sí para llevarse la mejor parte. La autoridad atribuída, por costumbre, al padre jefe de la familia intervendría acaso para impedir estas luchas intestinas; pero lo que influía más en el mantenimiento de la concordia familiar era la presencia, en la vecindad, de familias rivales y, por lo tanto, enemigas. El hermano, que odiaba en el hermano al rival para el reparto del botín, estimaba en él al soldado valeroso aliado para las luchas cotidianas contra el enemigo exterior. Aunque se resienta nuestro amor propio de hombres civilizados del siglo xx, debemos pensar que la presen-

cia incesante de un enemigo peligroso era el agente de concordia más importante en las familias primitivas; la paz en el interior de las familias sólo se mantenía por la guerra incesante contra los extraños.

En la mayoría de las especies animales distintas de la humana, la asociación no ha pasado los límites de la familia; dos familias vecinas han sido siempre enemigas, sin tener nunca ningún interés común. Lo que ha colocado al hombre aparte, desde el punto de vista social, es que el hombre, provisto de armas, era en todas partes el ser más temible; su capacidad de dañar era superior á la de los demás animales, y se basaba, en efecto, sobre una fuerza física enorme, que hallamos todavía en el gorila. Aun cuando es poco inteligente para fabricarse armas, el terrible antropoide de los bosques del Congo no teme el combate cuerpo á cuerpo con el león; gorilas armados, como los hombres de las cavernas, estaban designados fatalmente para hacerse los amos del territorio que habitaban. Una familia de hombres de las cavernas no podía hallar rivales en dominación sino en las demás familias vecinas; y podemos repetir, para las asociaciones de familias, el razonamiento que hemos hecho antes para las asociaciones de individuos humanos: la apre-



ciación en una familia vecina de una capacidad de dañar superior á todos los demás enemigos posibles ha sido lo que ha conducido á una familia humana dada á respetar, en esta familia vecina, un antagonista temible, hasta el día, por supuesto, en que esta familia vecina diera signos evidentes de inferioridad. Pronto volveremos á hablar sobre las causas diversas que han determinado la extensión de la asociación humana. Detengámonos, por un momento, en el estudio de las especies animales en las cuales la asociación se limita á una familia, por ejemplo, los himenópteros sociales.

#### 14.—EL HORMIGUERO Y LA COLMENA.

Las abejas y las hormigas son seres temibles para los animales pequeños; poseen armas ofensivas y defensivas que hacen de ellas enemigos temibles; ésta es, como hemos visto, una condición fundamental de la génesis de las asociaciones. Pero hay otros animales mayores, que son para los hormigueros y las colmenas enemigos más temibles que los demás hormigueros ó colmenas, y eso basta para explicar que la asociación no haya pasado, en estos animales, de los límites de la

familia. Nunca los hormigueros han creído en la posibilidad de repartirse un territorio en el que fueran los amos absolutos, pues han reconocido siempre la existencia de capacidades de dañar superiores á las suyas. En un cuento del libro del juglar «Chien rouge», Kipling habla de una cañada del Waingunga donde reinaba «el pueblo pequeño que está siempre irritado». La acumulación en esta región particular de miriadas y miriadas de abejas hacía imposible la entrada en ella de los carnívoros más temibles. (Hay que tener en cuenta que los tigres y las panteras no son los verdaderos enemigos de las abejas). Amos omnipotentes de un territorio, estos himenópteros hubieran podido tratar de agruparse en sociedades de familias, como lo han hecho los hombres. Pero me parece que en las condiciones en que los coloca Rudyard Kipling, estos seres, turbulentos é irritables, debían, al contrario, entrar en guerra los unos con los otros; si eran tan numerosos en una misma cañada del Waingunga, las flores vecinas sólo podrían proporcionarles una alimentación insuficiente, y el primer sentimiento que podría experimentar una abeja en presencia de otra sería fatalmente el de la competencia. Para que varios seres se asocien en un lugar limitado, es



preciso que haya en él alimentación para todos. La historia de la cañada del Waingunga me parece que debe ser relegada entre los mitos que no tienen fundamento biológico. Para una abeja que forma parte de una población tan densa no hay enemigo más importante que las demás abejas, sean las que sean: *primum vivere!*...

Volvamos al caso ordinario de las asociaciones familiares que habitan las colmenas ó los hormigueros. Todo miembro de una asociación vecina es considerado como un enemigo y es muerto en el hormiguero en que se le introduce. Ya he hablado en otra parte de las experiencias de Bethe sobre las hormigas, buscando, no la razón que impulsa á éstas á matarse entre sí cuando pertenecen á hormigueros distintos, sino solamente el método por el cual reconocen inmediatamente el carácter de extraño en una hormiga de otro origen. La conclusión de las experiencias de Bethe es que hay un olor de familia en las hormigas. Lo que nos interesa aquí es sólo el odio de hormiguero á hormiguero.

Los habitantes de una colmena ó de un hormiguero no son todos idénticos. La abeja madre ó reina pone todos los huevos de donde salen los nuevos miembros de la colonia y los que fundan á lo lejos, por enjambres, co-

lonias análogas. La colmena es, pues, una gran familia, pero diferente de las familias humanas en que cada uno no es igual á los demás; en aquélla hay categorías de individuos que por su estructura anatómica y su fisiología se hallan predestinados á tal ó cual función. Desde este punto de vista una sociedad de abejas ó de hormigas se asemeja, más que á una sociedad humana, á la aglomeración de células que constituye un ser superior. Siempre hay diferencias, puesto que cada abeja es libre y móvil en el espacio, mientras que cada elemento de los tejidos de la construcción de un mamífero ocupa siempre el mismo lugar en la aglomeración; pero hay también semejanzas, puesto que cada abeja, como cada elemento del tejido, tiene una estructura congénita que la adapta fatalmente (1) á una función determinada.

¿Cómo se ha realizado esta maravilla? La costumbre, que crea caracteres adquiridos hereditarios, nos permite concebirlo. Sin aventurarnos en los dédalos de la evolución de las especies, observemos solamente que la

(1) Esto no es completamente exacto, pues una obrera, tomada en una edad bastante precoz, puede, bajo la influencia de una alimentación especial, ser transformada en ponedora, y reemplazar á la reina difunta.



división del trabajo está admirablemente realizada en las abejas, gracias á la desigualdad congénita de los habitantes de la colmena. Estudiando las especies de himenópteros salvajes, que viven actualmente, hallamos imágenes de las diversas etapas que ha recorrido la evolución de la abeja doméstica, antes de llegar á la maravilla realizada en nuestros días. (No sucede lo mismo en el hombre, donde, salvo las diferencias sexuales, cada individuo es capaz congénitamente de llenar cualquier función social.)

Siendo la colmena una familia, su organización en asociación ha podido comenzar como la de la familia humana, aunque en nuestros días, por lo menos, la autoridad paterna del hombre no tenga equivalente en las sociedades de abejas; el respeto de antagonistas igualmente armados, á los que era peligroso atacar, ha podido realizar aquí un papel importante. Respecto de esto, sólo podemos hacer hipótesis. Pero basta estudiar atentamente los himenópteros sociales para convencerse de que debe existir en ellos, como resultado de una costumbre secular, un sentimiento del derecho y del deber. Maeterlinck, observando la abnegación admirable de las abejas obreras, ha hecho intervenir en sus determinaciones una entidad me-

tafísica que ha llamado «espíritu de la colmena». Fácilmente se reconoce en este espíritu de la colmena el equivalente de nuestro sentimiento del deber; pero las abejas obedecen á esta costumbre secular mucho mejor que nosotros, porque merced á su estructura congénita, cada una de ellas no desea hacer otra cosa que lo que la ordena su deber de miembro de la colmena. No podemos buscar el equivalente de la compleja mentalidad humana en animales que no tienen necesidades sexuales y que, sobre todo, no descansan nunca. La obra de la costumbre ha sido tan profunda durante el curso de la evolución de las abejas, que cada una de ellas es hoy día un útil adaptado á un trabajo determinado, que ejecuta sin cansancio. Los aparatos excretores del hombre no le permiten esperar semejante resultado, aun en el caso en que una especialización adaptativa perfecta se realizara en él. Estamos cansados cuando hemos trabajado, y necesitamos un sueño reparador que desconocen las abejas obreras. El hecho es que el trabajo es para nosotros una fatiga, á lo menos cuando pasa cierto límite, y que no nos permite esperar que conozcamos un día la beatitud de las abejas.



## 15.—LA TRIBU.

La lucha contra los enemigos de especies diferentes (leones, osos, etc.) y la certidumbre de poder ser los amos absolutos de un territorio abundantemente provisto de materias alimenticias ha podido bastar para crear asociaciones de familias humanas, á lo menos asociaciones momentáneas, basadas sobre el respeto recíproco de capacidades de dañar iguales, pero que no impedían que existiera el antagonismo entre las familias asociadas, como existe también entre los individuos de una misma familia. Estas asociaciones de familias extrañas han podido provenir algunas veces de necesidades actuales creadas por un enemigo común; pero fuera de estas causas fortuitas, las mismas necesidades de la reproducción han hecho franquear á la asociación los límites de la familia y han constituído la tribu.

Supongamos que un padre de familia viva bastante tiempo para que sus hijos tengan descendencia á su vez; éstos, acostumbrados á obedecerle por una parte, y por otra á considerarse como asociados, darán una dirección común á los jóvenes de la segunda ge-

neración; los primos, criados juntos y sometidos á la autoridad del mismo patriarca, contraerán entre sí costumbres de hermanos y se reconocerán algunos intereses comunes, aunque sean, por otra parte, antagónicos y enemigos, por ejemplo, en el reparto del botín. Á medida que se sucedan las generaciones, el número de descendientes del patriarca aumentará demasiado rápidamente para que puedan continuar formando una familia propiamente dicha, sino familias distintas, cuyos jefes han sido hermanos en una familia anterior y no se considerarán tan extraños entre sí como si fueran de familias distintas. La costumbre ha creado entre los hermanos ciertos lazos que persistirán más ó menos, y constituirán lo que podemos llamar el sentimiento ó deber familiar.

Evidentemente, no hay que exagerar la fuerza de este lazo; las envidias originadas por los azares de la vida en común han originado á menudo entre hermanos odios mucho más poderosos que el sentimiento de la familia; sin embargo, en ciertos casos particulares, especialmente en presencia del enemigo común, las familias parientes recuerdan su origen común. La historia nos ofrece millares de ejemplos de este hecho; las tribus de los highlanders, en las montañas de



Escocia, estaban formadas por familias que se batían sin cesar entre sí; pero ante un enemigo común cualquiera, los ingleses, por ejemplo, estas familias se reunían momentáneamente alrededor de uno de sus miembros reconocido como jefe de la tribu. Se reunían por un esfuerzo guerrero común y, una vez terminada la guerra, volvían á guerrear entre sí.

Consideraciones puramente biológicas nos han conducido, naturalmente, desde el principio, á atribuir un papel primordial al enemigo común en la constitución de asociaciones momentáneas, y á pesar de las múltiples deformaciones que ha sufrido el hombre bajo la influencia de una vida social prolongada, hallamos aún en nuestros días la demostración de este hecho en todos los grandes movimientos de la historia contemporánea. Cuando un país está dividido por discordias intestinas, una amenaza de agresión por parte de un vecino poderoso, basta á menudo para calmar, por algún tiempo, los odios entre conciudadanos. Estos odios renacen con más vigor en cuanto ha cesado la amenaza exterior. Aun en las discordias civiles se verifica esta gran ley: los hombres se unen contra alguno y no por alguno. El movimiento extraordinario creado por el asunto Dreyfus

unió momentáneamente contra los antidreyfusistas á los elementos más variados de la nación, que en cuanto triunfaron volvieron á combatir entre sí; se habían entendido provisionalmente contra un enemigo común; pero, una vez vencido éste, se han mirado unos á otros y se han preguntado cómo, siendo tan diferentes, habían podido combatir unidos. Bajo el barniz de la civilización se encuentra siempre al hombre de las cavernas.

Esta observación es importante, porque si es verdaderamente indiscutible, relega al dominio de las utopías insostenibles el sueño de la fraternidad humana de los pacifistas. Si es necesario un enemigo común para que los hombres se entiendan, éstos, una vez hechos los amos absolutos del mundo, no podrían hallar, fuera de ellos mismos, un antagonista bastante temible para crear entre ellos una unión sólida. No tendrán más enemigo que la intemperie, que no los amenaza á todos al mismo tiempo y de la misma manera, y el hambre, que en lugar de unirlos hace de ellos rivales feroces desde que su número ha aumentado y amenaza exceder á las capacidades alimenticias del globo. Volveremos sobre estas consideraciones cuando hayamos estudiado los sentimientos metafísicos nacidos en el hombre á causa de una larga costumbre



social. Continuemos, por el momento, nuestras consideraciones objetivas sobre la formación de asociaciones cada vez más extensas.

### 16.—LA NACIÓN.

Difícilmente se pasa de la formación de las tribus á la de las nacionalidades. Hay que reconocer además que muchos pueblos no han podido pasar de cierto grado de asociación. Recientemente hablaba de las tribus escocesas, cuya historia es muy instructiva y ha sido presentada admirablemente por Walter Scott en los *Cuentos del Abuelo*. Los odios de tribu á tribu eran tan feroces que á menudo el enemigo común, en vez de atacar á los highlanders, se limitaba á despertar entre los grupos rivales odios seculares. Los *Comentarios* de César nos muestran el lamentable espectáculo de los pueblos de la Galia, divididos por rivalidades, de las que se aprovechaba sin cesar el invasor romano, y que se decidieron, por fin, ante la amenaza de la ruina total, á tentar un esfuerzo de asociación contra el enemigo común.

El origen de las naciones es geográfico.

Desde el principio de las observaciones biológicas que he desarrollado en el co-

mienzo de este libro, he considerado que el suelo del territorio habitado por seres vivos es el patrimonio de cada uno. Las agrupaciones familiares (ú otras más elevadas en organización que la familia simple) son naturalmente grupos rivales si habitan el mismo territorio, cuya producción alimenticia sea limitada. Pero cada uno de los individuos de esos grupos rivales está unido á ese territorio por sus costumbres individuales. De modo que, aun perteneciendo á grupos rivales, los habitantes de un mismo territorio tienen algo de común, que es la costumbre de vivir sobre el suelo de cierto país. Y este sentimiento común basta para que todos consideren como extraño á aquel que no vive en el mismo suelo. Por eso familias rivales normalmente pueden llegar á entenderse, momentáneamente, por lo menos contra un invasor que todos detestan igualmente.

Otros lazos pueden establecerse sobre el mismo suelo entre familias naturalmente rivales; primeramente, siendo sexual la reproducción del hombre, los matrimonios entre vecino y vecina crean lazos de parentesco entre las tribus enemigas. Cierta joven pertenece por su padre á los Montescos y por su madre á los Capuletos, y eso crea, en el momento de las guerras de familia, situaciones



muy falsas, que ciertas tribus han evitado prohibiendo el matrimonio fuera de la tribu. La atracción sexual ha triunfado á menudo de estas legislaciones despóticas y, poco á poco, en ciertos casos, las tribus vecinas de un mismo país se han fundido en una más vasta que ha comprendido pronto todos los habitantes del mismo territorio. Además, las relaciones de vecindad, necesitadas por los cambios y por la división del trabajo de que hablaremos más tarde (1), han hecho que los habitantes de un mismo país, aun cuando no descendieran de antepasados comunes, han llegado á hablar la misma lengua. Y ése ha sido un lazo más que, algunas veces, ha sido suficiente para unir á varias agrupaciones de hombres contra un extraño que hablara un idioma diferente. Los hombres que habitan el mismo país y hablan la misma lengua tienen demasiadas costumbres comunes para no temer, como una catástrofe, la irrupción de extraños con un idioma y costumbres diferentes. Se podría decir que la costumbre es el gran factor de asociación, pero al propio tiempo hay que tener en cuenta que las aso-

(1) Hablaremos después de ella, porque ha sido generalmente una consecuencia y no una causa de las asociaciones.

ciaciones son formadas por seres vivos, y la costumbre es la definición de la vida (1).

Sea como fuere, la historia nos enseña que se han constituido naciones y que algunas de ellas han durado varios siglos. Muchos factores entran en la evolución histórica para que un hombre pueda considerarlos todos á la vez, sin peligro de equivocarse. Limitémonos á admitir que hay naciones y que algunas han durado mucho tiempo; pero no nos aventuraremos á prever cuánto tiempo durarán todavía y cómo desaparecerán.

#### 17.—LA GUERRA.

Siendo la vida una lucha, la guerra es la función más común del ser vivo. Se reserva ordinariamente esta palabra de guerra á la lucha entre naciones vecinas y rivales; pero también hay guerras civiles, y las guerras latentes que dividen á los habitantes de una misma nación crean entre ellos odios individuales, bajo los cuales la nación sucumbiría fatalmente si la amenaza de un invasor extraño no reuniera de vez en cuando todas estas actividades antagónicas.

(1) Vivir es acostumbrarse.



Una vez constituidas las naciones con su patrimonio geográfico limitado, habrá rivalidades y envidias entre las naciones vecinas, como las hay entre individuos vecinos. Hay odios colectivos y odios individuales, lo que resulta de la naturaleza misma del fenómeno vital. Imbuídos de ideas metafísicas, que, como veremos pronto, se derivan fatalmente, en virtud de la ley de la costumbre, de la existencia prolongada de asociaciones humanas ó animales, algunos soñadores han deseado la fraternidad humana, y ante el desvanecimiento de su sueño han acusado á la naturaleza humana. Se han equivocado: á quien debían acusar era á la vida misma; es lamentable que la vida, cuando se prolonga en sociedades constituidas, origine fatalmente, en las mentalidades de los seres vivos, nociones sentimentales incompatibles con la prolongación de la vida; luego estudiaremos la génesis de estas nociones que gobiernan al mundo.

La historia nos enseña que las naciones, ya estuvieran limitadas á un pequeño territorio ó fueran muy extensas, han estado frecuentemente en guerra con las naciones vecinas. Los períodos de paz son períodos anormales, durante los cuales los vecinos se miden con la vista, esperando alguna debilidad del ad-

versario para atacarle. Cuando dos pueblos vecinos no guerrearán entre sí, no es que se estimen, sino que ninguno de ellos se cree bastante fuerte para estar seguro de triunfar en la lucha. Puede suceder que dos pueblos vecinos vivan en paz, aunque tengan fuerzas desiguales porque temen uno y otro á un enemigo común, contra el cual contratan una alianza; eso dura hasta el momento en que, no teniendo ya miedo de este tercero, porque está ocupado en otra parte, los dos aliados se batan entre sí, y el mayor se traga al pequeño.

Los filósofos amigos de la paz universal, deploran este ardor bélico que impulsa á los pueblos unos contra otros, y sueñan con una confederación del mundo, olvidando que la vida es una lucha; se basan, para concebir estas quiméricas esperanzas, en los sentimientos de fraternidad que se hallan extendidos entre los hombres superiores. Pero no se acuerdan, en su generosa utopía, del origen de estos sentimientos de fraternidad. Sólo la guerra les ha hecho nacer, y ha sido la unión contra el enemigo común la que ha transformado en asociados provisionales á individuos divididos por su interés; así como el enemigo común de la familia ha sido el que ha hecho nacer la fraternidad entre her-



manos, así el enemigo común de la nación es el que ha originado la fraternidad entre conciudadanos. Veremos, en el capítulo siguiente, por qué fenómeno biológico necesario esta fraternidad provisional ha tomado el carácter de una noción absoluta, que persiste después de la desaparición de la causa que la ha originado. Además, esta fraternidad, cuyo origen se concibe fácilmente entre hermanos y conciudadanos, se ha extendido fatalmente desde el momento en que ha tomado un carácter absoluto, aplicándola á la humanidad entera, lo que, como ya lo he dicho antes, no tiene razón de ser. Si se consideran todos los hombres en conjunto, á partir del momento en que, habiendo conquistado el mundo á las demás especies animales, se han multiplicado suficientemente para sentirse estrechos en el patrimonio limitado del planeta, no hallaremos en ellos sino rivales no asociados; no teniendo ningún enemigo común fuera de ellos, se hallan forzados á batirse entre sí, y los más fuertes se comen á los pequeños.

Sin embargo, el sentimiento de la fraternidad existe; hasta tenemos la costumbre de considerar que los que le tienen en más alto grado son los mejores de entre nosotros.

Puesto que existe, debemos tenerle en cuenta.

Cuando un sentimiento ha tomado un carácter absoluto, su dominio es ilimitado; así, la fraternidad ha franqueado los límites de la especie humana y se ha extendido á los animales domésticos. Indigna la brutalidad de los carreteros que faltan á la humanidad respecto de sus caballos. En las almas muy sensibles, el sentimiento de fraternidad se extenderá sin duda á los animales salvajes, y aun á los peores enemigos del género humano. Y cuando llegemos á ese punto, las necesidades de la vida determinarán un movimiento de reacción que nos volverá á la barbarie.

---